



LAVANDERA... DE AFICION

Es indudable que el instinto de la imitación está tan arraigado en los niños, que les incita á hacer cosas que ninguna diversión ofrecen, solamente porque las han visto hacer, y este instinto puede ser en distintas ocasiones favorable ó perjudicial.

Rosita, hermosa niña de diez años, se estuvo una mañana en el balcón del comedor de su casa, desde donde contemplaba á la criada de uno de los cuartos interiores que estaba lavando ropa, y tal afición tomó á aquella faena, que convirtiéndose en la niña más hacendosa del mundo, quiso desde luego lavar la ropa de su muñeca.

Fué, pues, al tocador de su mamá, y desnudando á su niña, comenzó su tarea, empleando una pastilla de jabón de *oponax*.

Grande era su contento por ocuparse en una cosa que se le había antojado; pero como nadie nace sabio y la lección de *vista* que había tomado no podía haberla instruído mucho en la materia, la pobre Rosa vió su gozo en un pozo, como se suele decir, al terminar su tarea.

Había metido en el agua y jabonado sin piedad el traje de terciopelo de la muñeca, el cinturón de raso y la ropa blanca, todo junto; de modo que se estropearon por completo algunas piezas, y destiñéndose, salió lo blanco del agua con más manchas que entró. Aquí fué su apuro, y tan extremado el sentimiento, que la hizo el suceso derramar abundantes lágrimas.

Por fin, viendo que con llorar nada se remediaba, se dirigió triste y cabizbaja al cuarto de su mamá y la contó humildemente su desdicha.

No la riñó su madre, pero la dijo que si hubiera consultado antes de lanzarse á hacer lo que no sabía, se hubiera evitado todo el daño.

—Es verdad, mamá—dijo Rosa,—¿y cómo he debido hacer la colada para que me saliera bien?

—En primer lugar, hija mía, tú no has hecho colada, sino únicamente has jabonado. En la colada, la ropa está cubierta con un lienzo sobre el cual se pone ceniza y se echa agua caliente sobre él, la que colándose por el lienzo, baña la ropa y sale por debajo de la cuba ó recipiente que la contiene. Después de la colada toca su turno al jabón.

—Pero ¿no se puede también jabonar sin necesidad de colada?

—Desde luego; hay muchas telas que, por ser más finas, no necesitan esta preparación.

—¿De modo que son distintas las maneras de lavar cada cosa?

—Naturalmente. Las telas de lana no deben lavarse con las de seda, ni éstas con las de algodón. Tampoco deben lavarse juntas, hija mía, telas de algodón de distintos colores para que no se destiñan y se manchen unas con otras.

—Por eso lo he estropeado todo. ¡Vea usted lo que es no saber una cosa!

—¡Vea usted lo que es no preguntar!



—Es cierto, pero tú me enseñarás, mamá; yo pondré mucho cuidado y aprenderé.

Desde entonces la madre de Rosita, aprovechando el infantil deseo y convirtiéndole en medio de instrucción, la enseñó á lavar y planchar, porque dicha señora opinaba que forma parte de la instrucción de las niñas enseñarles las faenas domésticas, y que no la constituyen únicamente el saber hacer *crochet*, flores artificiales, tocar un poco el piano y saludar en francés.

Rosa, preciso es confesarlo, salió una aventajada discípula, y los mismos criados de su casa se pasaban los grandes ratos admirando su habilidad.

Ya no estropeaba la ropa de su muñeca, sino que tomando únicamente la blanca, la tenía un ratito en agua; después la jabonaba (sin emplear pastillas de jabón de la perfumería), la retorció con suma gracia, la aclaraba y la tendía

Una vez perfeccionada en el lavado, su mamá la enseñó á repasar y á planchar.

Aquellas tareas, hechas con perfección, encantaban á cuantas personas tenían de ellas conocimiento, y en su infantil edad se llamaban *monerías*.

Más tarde, cuando á la niñez sucedió la juventud, se llamaba aquello habilidad.

Hoy Rosa tiene un esposo que la adora y unos criados que la respetan y se esmeran en hacer todo aquello que ella sabe mejor que ellos, y dos niñas á quienes enseña á jugar con las muñecas de una manera muy provechosa.

Rara vez juegan á las visitas, reproduciendo conversaciones quizás inconvenientes, y recordando las mil necedades que la vanidad y la coquetería de los mayores les enseñan; pero en cambio, se ocupan en hacer ellas mismas la ropa de sus muñecas y en lavarla y en plancharla.

Hay quien opina que las hijas de Rosa serán un día tan hacendosas y felices como su excelente madre.

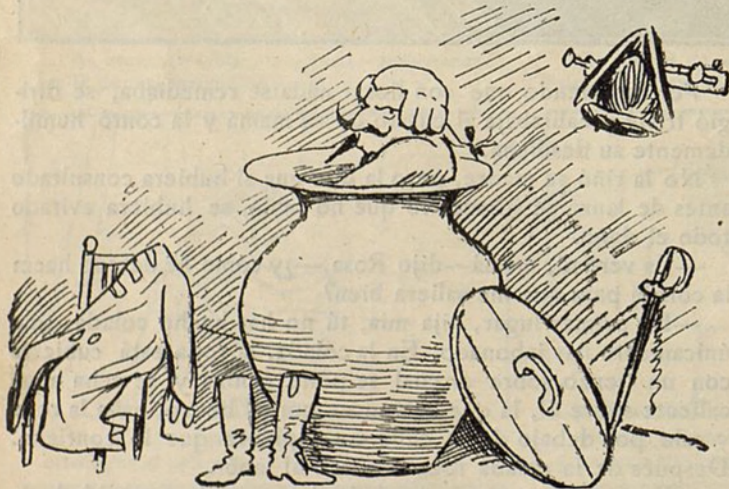
L. DE CH.



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

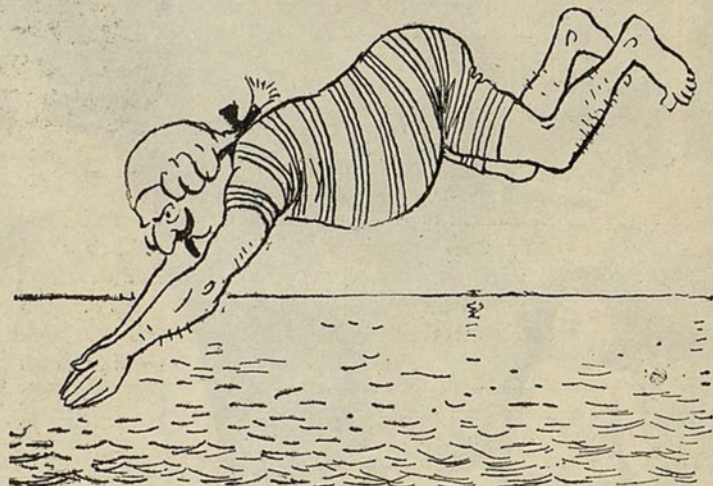
DE CÓMO EL BARÓN APLICABA LA MEDICINA Y LA COREOGRAFÍA EN LOS GRANDES CONFLICTOS

Como á mí me sofoca y me tortura
la estación veraniega,
un año que en Sevilla me encontraba,
buseando la frescura,

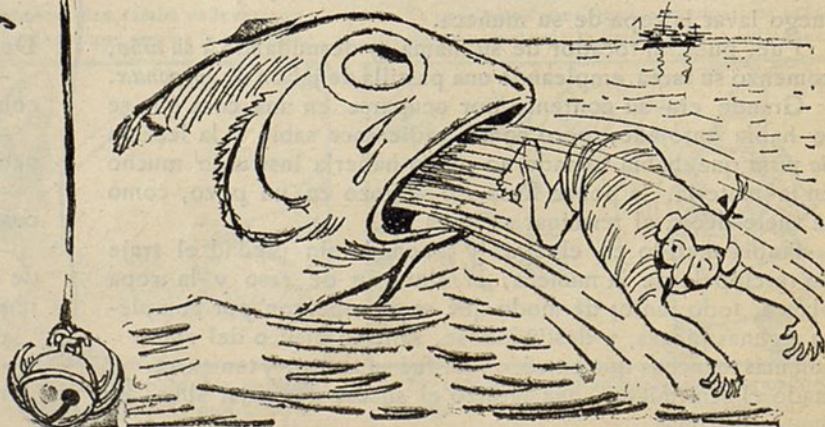


opté por la región escandinava
y me marché unos días á Noruega.
Allí debe hacer fresco, me decía,
y aunque á nadie conozco en Cristiania,
si alguna vez me aburro de estar solo
me marcharé, de expedición, al Polo.
Dicho y hecho, y en un soberbio barco
aboné mi pasaje
y dispuse mi viaje
con muchas ganas de cruzar el charco.
¡Qué veranito aquéll! ¡No se me olvidal
No he sudado en mi vida
tanto como en aquel viaje dichoso,

ni he visto otro calor tan espantoso.
Y como á mí me matan los sudores
y entonces los calores
eran extraordinarios,
me daba nueve ó diez baños diarios.
Y esto, al par que era grato y refrescante
para mí, resultaba interesante
para los pasajeros,
porque, ya se sabía,
en cuanto los viajeros
me veían subir sobre cubierta
con el traje especial que yo vestía,
todo el mundo acudía
y contemplaba con la boca abierta
las proezas bien ciertas y notorias
de mis habilidades natatorias.
Trepaba como un gato
por el palo mayor, me estaba un rato
desde la última cofa recorriendo
el mar con la mirada.



y ¡cataplum! ¡El salto era tremendo,
desde la cofa hasta la mar salada!
El pasaje gritaba emocionado
con el alma en un hilo
creyéndome ya ahogado...
cuando yo, sonriente y sonrosado,
resurgía nadando tan tranquilo
Estaba yo una tarde descuidado,
al baño solamente dedicado,
cuando divisó un pez; ¡qué pez, señores!
Era aquél el mayor de los mayores
peces del mar salado.
La enorme boca abierta me mostraba
al par que se acercaba
con tanta rapidez, que era imposible
huir del pez. ¡Momento fué terrible
aquel primer instante
en que le vi delante!
Mas bien pronto mi calma y sangre fría
me dejaron sereno,
y entonces exclamé: ¡Pues señor... bueno!
¿Conque este animalucho
me quiere devorar? Me alegro mucho.
Pero vamos á cuentas lo primero:
si me masca este pez, de fijo muero;



¿cómo me evito los inconvenientes?
Saltando más adentro de los dientes.
Y dicho y hecho: salto de improviso
y de manera fácil y sencilla;
al pasar le toqué en la campanilla,
y le dije muy fino: «Con permiso.»
Bajé por su garganta muy ligero
y me hallé en el estómago, y cansado,
me senté lo primero.
Conste que el pez tenía me *sentado*,
como dicen las gentes, *en la boca*
del estómago, y yo con ansia loca,
que dicen los poetas,
no daba por mi vida dos pesetas.
¿Cómo, me preguntaba yo á mí mismo,
lograré libertarme de este abismo?
Mas presto tuve una feliz idea,
porque mi mente siempre halla salida
para cuanto desea.
Tengo muy estudiada y muy sabida
la Medicina, y dije: De esta ciencia
pende la salvación de mi existencia.
Sí, señor; la cuestión es salir vivo;
si entré como una píldora, es forzoso
que salga al exterior cual vomitivo.
Y al punto, presuroso,
bailé un vals Boston y un zapateado,
y el estómago aquél, muy excitado
por aquel movimiento...
al Oceano me volvió al momento.

C.



BELLAS ARTES

LAS MENINAS. CUADRO DE Este notabilí-
DIEGO VELAZQUEZ mo lienzo del
príncipe de los pintores españoles, se conserva en el
Museo del Prado de Madrid. Recibe su nombre de las
niñas nobles al servicio de las princesas é infantas, que
se llamaban *meninas*, y representa á la infanta María
Margarita de Austria, hija de Felipe IV, entre dos de sus damitas. En primer término está la enana á su servicio, Barbola, y el enano Nicolasillo Pertusano
jugando con un perro. Retratos también de los criados de S. M., Nieto y doña Marcela de Ulloa, figuran en segundo término, y á la izquierda, el propio Velá-
quez pintando un retrato de los reyes que se refleja en el espejo del fondo. Es fama que al ver el rey este magnífico cuadro quedó tan admirado, que tomando
un pincel pintó por sí mismo la venera de Santiago que el artista ostenta en su pecho.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

BEATRIZ. Estaba en la estufa, detrás de todos los tiestos; nuestro viejo criado los separó para que entrase, y luego los volvió á colocar para que me ocultaran.

CLEMENCIA. ¡Qué bueno es!

MATILDE. ¡Siempre tan cariñoso con nosotras!

ESCENA XIII

DICHAS, CÁNDIDO Y LUISA.

CÁNDIDO. Aquí tenéis á Luisita, diablillos, que se ha hartado de correr. ¡Cuidemos de que la tía no la ponga el cinturón! ¡Esa máquina de mis pecados! Mira, viejecito, ya que eres tan bueno, tienes que hacernos un gran favor.

BEATRIZ. ¡Todo lo que queráis, pimpollitos! ¡Vaya, pues no faltaba otra cosa! ¡Voto va! He cantado la nana á vuestras mamás, os he visto nacer, y... ¡por vida del chápíro verde! ¿Qué queréis que haga este vejete, que os quiere más que á su vida?

CÁNDIDO. ¡Y qué más?

BEATRIZ. Primero, que quemes esta pícara máquina.

CÁNDIDO. ¿Y qué más?

BEATRIZ. Después, tienes que ir al cuarto de la tía Severa y sacar de su cómoda el otro cinturón con que nos mortifica.

CÁNDIDO. ¡Eh! ¡eh!, eso es más difícil de lo que parece, ¡diantre! Hacer desaparecer éste, ¡pche!, pase; pero andar en los cajones de una cómoda... francamente... eso...

MATILDE. ¿No quieres?

CLEMENCIA. Déjale; ¡ya no nos hace caso!

CÁNDIDO. No es eso; sino que parece cosa de...

BEATRIZ. ¿De qué?

LUISA. ¿De qué?

CÁNDIDO. Pues de... ladrones... ¡Canariol!

CLEMENCIA. ¡Anda, salero!

LUISA. ¡Qué cosas dice!

BEATRIZ. Dejarle. ¡Ya no nos quiere! ¡No le importa que la tía Severa nos martirice! ¡Le es igual vernos padecer...

CÁNDIDO. Eso no. ¡Voto al chápíro verde!

CLEMENCIA. No te molestes, Cándido. Iremos nosotras, y así, si nos sorprende, nos castigará á su gusto.

CÁNDIDO. No, no; yo iré. ¡Canariol yo iré. ¡Por vida del... (CÁNDIDO sale.)

ESCENA XIV

DICHAS MENOS CÁNDIDO

MATILDE. Hemos hecho muy mal en dar este encargo al pobre Cándido, que no quería hacerlo.

BEATRIZ. ¿Crees tú...? ¿Quieres que vaya yo á decirle que lo deje?

CLEMENCIA. ¿Y si te ve tu tía?

BEATRIZ. Es verdad. ¿Qué haremos?

MATILDE. Yo iré; esperadme aquí
(Sale MATILDE, y las tres niñas quedan escuchando breves instantes, al cabo de los cuales vuelve con CÁNDIDO, que llega trémulo y afectadísimo.)



Gente Menuda

ESCENA XV

DICHAS, MATILDE y CÁNDIDO

BEATRIZ. ¿Y bien?
 MATILDE. He llegado tarde; Cándido había cogido ya el cinturón. ¡Ay, Dios mío! Cándido, ¿qué tienes?
 CÁNDIDO. No es nada, hija mía; un poquillo de emoción por haber obrado como un... como un ratero.
 BEATRIZ. No digas eso. ¿Tú un ratero? ¡No faltaba más...!
 LUISA. ¿No te ha visto nadie?
 CÁNDIDO. Creo que no.
 BEATRIZ. ¡Pobre Cándido! ¿Por qué nos has hecho caso? Debiste mandarnos enhoramala.
 CÁNDIDO. ¿Enhoramala yo...? ¡Por vida del chapiro verde...! Cuando haga eso el viejo Cándido, es que ha perdido la cabeza...
 BEATRIZ. (Saltando á colgarse de su cuello.) ¡Bien por Cándido!
 LAS DEMÁS. ¡Bien! (Rodeándole y colmándole de caricias.)

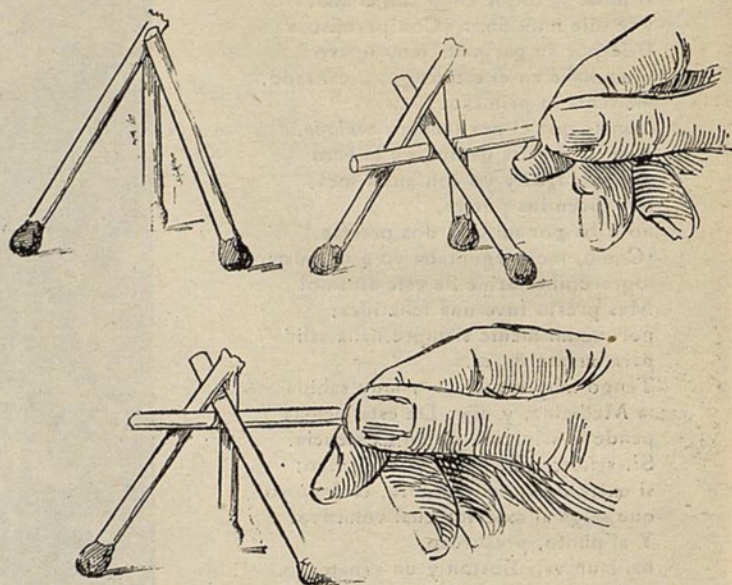
(Continuará.)

Mucho agradecemos á nuestros amables suscriptores las noticias que nos comunican del éxito alcanzado en la representación de «Pepito Trápala» por los pequeños actores, á los que felicitamos cordialmente, sintiendo no haber tenido fotografías de esta representación, que hubiéramos publicado con sumo gusto. Esto nos anima á continuar ofreciendo á los lectores de GENTE MENUDA comedias infantiles, que poco á poco puedan formar su escogido repertorio.

El problema de las cerillas.

Cogiendo dos cerillas y juntando sus extremos que no tienen fósforo, se aprieta entre los dedos su unión, para que queden pegadas. Otra cerilla suelta se coloca apoyada en el

vértice del ángulo formado por las primeras, de modo que las tres se sostengan en forma de trípode. Hecho esto, se invita á cualquiera para que con otra cerilla levante en el aire el trípode, sin que se caiga ninguna, y seguramente, si no ha

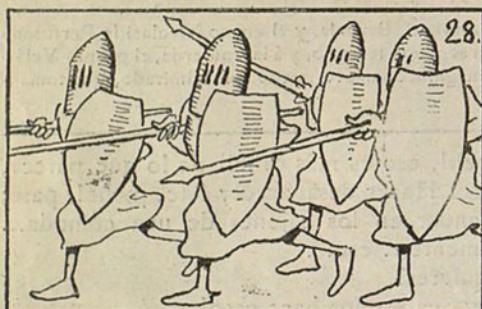


visto hacer ese juego, no acertará fácilmente con la solución. Esta es bien sencilla.

Con cuidado se van separando con la cuarta cerilla las que están pegadas de la que está suelta, para que ésta, al perder su punto de apoyo, caiga sobre la cuarta; entonces se sube ésta, y la extremidad de la suelta queda sujeta entre el ángulo de las dos primeras y la cuarta, y de esta suerte puede levantarse el trípode sin que se caiga ninguna.

Las figuras completan esta breve explicación.

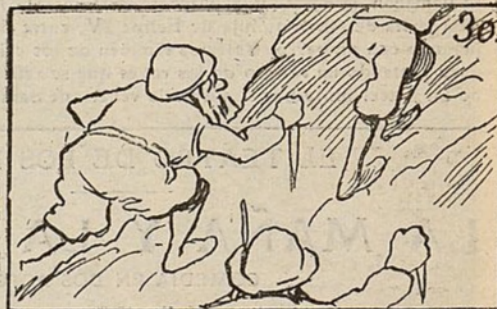
EL PAJE DEL CONDE DON MENDO (Continuación.)



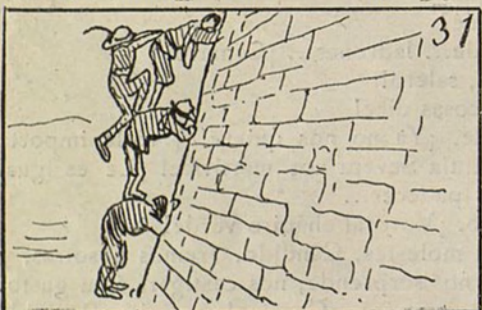
28. Los guerreros del conde, enardecidos por su arenga, corrieron en busca del enemigo.



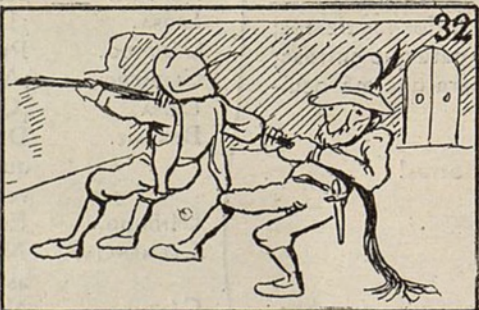
29. Galaor desde la torre del homenaje lo vio partir dejando solo al conde.



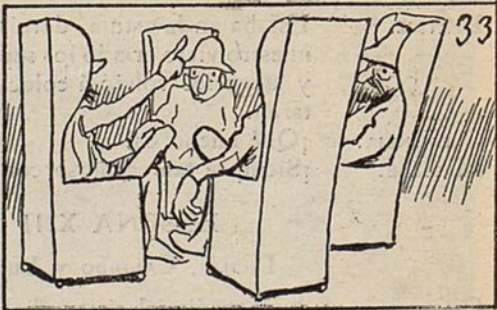
30. Pero vio más todavía; vio subir cautelosamente á los bandidos para sorprender á su señor.



31. Los vio llegar á la muralla, formar la pila y encaramarse para el escalamiento.



32. Una vez arriba el primero, arrojó una faja por la que fueron subiendo los demás.



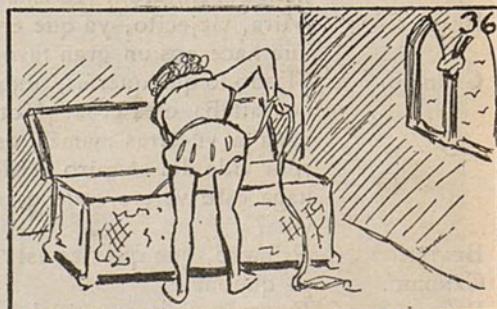
33. Penetraron en una de las salas, y sentados en sendos sillones discutieron sus planes.



34. Galaor puso su oído en la mirilla del piso y se enteró del peligro que al conde amenazaba.



35. Terrible momento de angustia fué aquel para el pajecillo, hasta que se le ocurrió una idea luminosa.



36. Corrió á una retirada estancia, abrió un arcón de roble y sacó un rollo de cuerdas. (Continuará.)